

# Recuerdos de R. Silva Castro

¿COMO PUDE OLVIDARLO? ¿Cómo demonios pude olvidarlo? Fernando Alegria me dice: "¿Qué importa que no lo hayas puesto donde correspondía, si lo citaste tanto?" No es lo mismo. Cité a otros y a esos otros los puse. ¿Por qué no a él? Habría preferido olvidar a cualquiera de esos viejos frailes de la Colonia. Esos no tienen nada que ver con nosotros y él sí.

No daría un verso de Pezoa Véliz ni una línea de Federico Gana por todos aquéllos; por Raúl Silva Castro daría una página de "Hombres del Sur", mi primer libro, que él prologó, o la que eligiera. ¿Cómo pude olvidarlo?

Ha estado junto a mí desde que empecé a escribir, me ha estimulado, elogiado, nunca he visto en él un acto de veleidad hacia mí (ni creo que hacia nadie), ha escrito sobre mi obra innumerables páginas, me ha defendido; he sido para él casi su escritor predilecto, entre los chilenos de esta época, se entiende. Si pienso bien me parece mentira haberle conocido tan joven y hace tanto tiempo, qué jóvenes éramos. Tendría unos veintitrés o veinticuatro años cuando le conocí, él era más joven aún, increíblemente joven, limpio, rozagante, bien vestido, junto a mí, un obrero, malamente presentado, flaco, con espinillas, lleno de pelos. Parecía apreciar a todos, a Neruda, a Gómez Rojas, a González Vera, a Rojas Jiménez, a Meza Fuentes; era el joven que admira a los escritores. Nunca supe si realmente quería también ser escritor o si sólo, como otra gente, sentía admiración y aprecio por quienes, despreciando cualquier cosa, se lanzan a ser lo que quieren ser o lo que deben ser. Parecía no tener ese arrojo, ese valor, aunque podía tener otro. ("Debí ser más audaz y debí haber dicho con voz más recia todo lo que pasaba por mis ojos. No creo haberlo conseguido sino en pequeña parte. La vida a menudo impide vivir plenamente." "R. S. C." por Raúl Silva Castro, 1935, al explicar el origen del libro.)

Un día, a los veinticinco años, me fui de Chile para la Argentina en una compañía de teatro, corrí allí una borrasca muy fuerte y anclé por fin en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Durante el viaje escribí dos o tres crónicas —sobre Vicente Medina, sobre Arturo Capdevilla— y las mandé a "Juventud" y en esa revista se publicaron. Raúl Silva Castro intervenía en esa revista y supo de mí, por donde andaba, qué hacía. Y dos años después, un día de verano, en tanto trabajaba en el fondo de una imprenta de la Avenida de Julio, en Buenos Aires, su voz me hizo sacar las manos de sobre el teclado de la linotipia: allí estaba, sonriente, limpio, bien vestido, mirándome con sus ojos como de hermano menor.

—¿Qué hace por acá?

El calor era muy fuerte allí y cubierto el torso sólo por una camiseta, sudaba con entusiasmo. Me sentía un poco cohibido, pero ¿qué podía hacer? No pareció importarle a él, por otra parte. Enviado, creo, por "El Mercurio" para acompañar a don Carlos Silva Vildósola, se tomó un poco de tiempo para buscarme. ¿Qué representaba para él? Había escrito unas poesías, eso era todo, y ni con mucho podía ser superior, nunca lo sería, a cualquiera de los poetas de ese tiempo. Pero él me conocía, era casi de mi edad —siete años no es mucho, la misma diferencia que tenía yo con Gabriela Mistral—, y podía decirse que me había visto nacer como escritor, así como yo lo vería nacer a él; me apreciaba como tal y no quería perderme de vista. Nadie, salvo González Vera, ha sido, durante tanto tiempo, tan solícito conmigo, aunque con el autor de "Alhué" me ha unido una más fuerte y más íntima y doble hermandad.

Un año después estaba de vuelta en Chile y venía con otra cara: era cuentista, aunque seguía escribiendo poesías. No sé qué sensación produjo en Silva Castro el cambio de su amigo, quizá lo presintió, quizá le pareció natural, no sé, tal vez le pareció lo últi-

mo; el hecho es que cuando le dije que Nascimento me iba a publicar un libro y que necesitaba que alguien le hiciera un prólogo y que quería que ese prologuista fuera él —¿quién otro podría serlo?—, me respondió escribiéndolo. El prólogo, de presentación, fue retirado después. Y así seguimos. Seguía trabajando de linotipista, en "El Diario Ilustrado", en "El Mercurio", en "La Nación", en una imprenta donde se imprimía el diario de los comunistas, donde caía. Y un día me encontré y me dijo que en una revista española se acababa de publicar un cuento muy parecido a otro mío, "Un Espíritu Inquieto", que había escrito en Buenos Aires dos años atrás. Lo leí y el parecido era extraordinario, hechos, palabras, reflexiones, tema. Estaba seguro de no haber plagiado y además mi cuento se publicó antes. ¿Qué había pasado? No lo supimos, pero se nos ocurrió hacer lo que se podría llamar un falso escándalo literario, divertirnos un poco, aunque con una base real. Salió en "El Mercurio" una carta anónima que decía que tal vez yo había plagiado a un señor tal y cual, puesto que un cuento de él y uno mío se parecían mucho. Contesté diciendo que mi cuento se había publicado antes en Buenos Aires y que tenía testigos que me habían visto escribirlo u oídone comentarlo. Los testigos fueron Rafael Frontaura, a quien le dije en Buenos Aires, a su debido tiempo, que iba a escribir un cuento con ese asunto, y Máximo Jeria, que escribió una carta asegurando más o menos lo mismo. Cité fechas y el resultado fue que el autor español quedó mal parado.

Siguió la vida. Hice un viaje en el que recorrí, con una compañía de teatro, todo el norte de Chile, hasta Tacna, chilena entonces, y a mi vuelta volví a la linotipia. De allí, en 1929, me sacó Eduardo Barrios, nombrándome bibliotecario tercero de la Biblioteca Nacional, dirigida por él. Fui destinado a la Sección Fondo General, de la que Raúl Silva Castro era jefe, o sea, pasé a depender de él. Fue una alegría estar a su lado, trabajar entre libros y participar de iniciativas y realizaciones literarias; organizamos el Grupo Índice, del que formó parte también Mariano Picón Salas. Publi-

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesos

camos una revista del mismo nombre y durante un tiempo celebramos sesiones y dimos conferencias. Raúl Silva Castro leyó un día un trabajo titulado "Paradoja sobre las clases sociales en la literatura". Poco después leí otro, "Acerca de la literatura chilena", respuesta al suyo. Con todo eso sentí que entraba a la literatura. Y fue en ese Fondo General donde, con una especie de frenesí y escondido en los almacenes, escribí mi primera novela, "Lanchas en la Bahía". (Años después conté a Eduardo Barrios cómo, en la Biblioteca Nacional, había abusado de su confianza, dedicándome a escribir una novela en vez de trabajar. Me dijo: "¿Y qué me cuenta a mí, que escribí parte de "Un Perdido" en los excusados de la Universidad de Chile?")

Era Raúl Silva Castro, por ese tiempo, director de "Atenea", en cuyas páginas me permitió publicar una serie de divagaciones alrededor de la poesía, amén de artículos de crítica y comentarios de libros. Poseía él una virtud que, de entre todos mis conocidos y amigos, sólo Gómez Rojas poseyó: la de incitar a escribir. Gómez Rojas lo hacía de viva voz; Silva Castro, con su sola presencia. Dos jóvenes que trabajaron entonces con nosotros en esa sala se dedicaron inmediatamente a escribir; pero apenas alejados, dejaron de hacerlo. El y yo fuimos los únicos que continuamos: nuestra vocación era independiente de la Biblioteca Nacional. De allí me sacó Juan Gómez Millas, hoy Ministro de Educación: me llevó a dirigir las prensas de la Universidad de Chile, que él como secretario y Gustavo Lira como rector fundaron ahí. Me fui lleno de la sensación de gracia que a un escritor pueden insuflarle el espectáculo de miles de libros que tratan de infinitas y bellas cosas, la presencia de lectores que se interesan por esas infinitas y bellas cosas y la de gente que, como Raúl Silva Castro, pasan la vida en medio de innumerables pequeñas y grandes satis-

facciones intelectuales. Lo que ahí vi, lo que ahí leí y pensé, retardaron quizá mi producción literaria; empecé a escribir de nuevo una vez que hube absorbido todo eso y algo más.

Pasaron los años, uno por aquí, otro por allá, trabajando, creciendo, viviendo, y un día, sin darnos cuenta, entregados a nuestra pasión literaria, hemos llegado a viejos, no a viejos definitivos, ~~de esos que se mueren y a quien vistiendo~~, sino a viejos que todavía tenemos algo que dar. En septiembre de 1961 nos encontramos en San Francisco: él había sido contratado por la Universidad de California en Berkeley; yo iba más arriba, contratado por la Universidad de Washington en Seattle. Nos reunimos en casa de Fernando Alegría y allí comimos, bebimos y nos despedimos. Un año después se fue a Nueva Orleans y yo bajé a México. Al año siguiente bajó a Chile y yo subí a Oregon. Y en la Universidad de Oregon, durante los trimestres de otoño e invierno, su "Panorama Literario de Chile" fue nuestro libro guía.

Durante mi permanencia en México, para ganarme un poco la vida, pues todavía debo ganármela tal si fuera joven, hice una antología de poesía chilena, "Esencias del País Chileno", publiqué una antología de mis cuentos, y escribí, quizás apresuradamente, una historia breve de la literatura chilena. Y es en este último libro en donde, después de citarlo a cada paso, no lo incluí entre los críticos, al hablar de ellos. ¿Qué me pasó? Lo ignoro. Pero Raúl Silva es generoso y sabrá perdonarme. Como su amigo y compañero de tantos años, él está llegando al final de una larga carrera. Ha trabajado como muy pocos en Chile y recibido menos honores que muchos, mucho menos que los que merece. "Debí ser más audaz y debí haber dicho con voz más recia todo lo que pasaba por mis

(Basa a la pág. 39)

ojos. No creo haberlo conseguido sino en pequeña parte. La vida a menudo impide vivir plenamente." Otros, más toreros, más banderilleros, mejor dicho, parecen lucirse más que él, pero cuando acabe la corrida ésos serán menos recordados y consultados que este hombre. Su obra es y será más considerada que la de muchos.

¿Por qué Raúl Silva Castro eligió, como otros, el camino de la erudición y de la crítica? ¿Le falta totalmente lo que en el trozo citado reconoce? En "R. S. C." hay páginas que son de creador; por ejemplo, aquellas que hablan de la primera noción de ambiente, de mundo, de paisaje, que tienen, según los psicoanalistas, los hombres. ¿Por qué no insistió? Hay personas que eligen la crítica porque quieren evitarse el largo esfuerzo de la creación, individuos incapaces de dedicar cuatro o cinco años de su vida a hacer un libro excelente y que hacen, en cambio, cuatro mediocres en treinta; pero Raúl Silva Castro no es de ningún modo perezoso, es uno de los escritores más trabajadores de Chile y si en la mayoría de sus páginas se nota falta de pasión es porque "la vida a menudo impide vivir plenamente". La falta de audacia, la timidez, que a algunos seres convierte en grandes escritores, a otros los limita y limitándolos les impide ir a donde pudieran y a donde quisieran, en ocasiones, ir.

Sea como sea, creador o erudito e historiador, crítico también, ha cumplido y cumplirá Raúl Silva Castro una tarea que lo mantendrá al nivel de sus amigos y compañeros, por olvidadizos o descuidados que éstos sean.

1965